



LLÁMALOS MICRORRELATOS: ENTREVISTA A HIPÓLITO G. NAVARRO

M^a ISABEL CORTIJO DELGADO

UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA

Autenticidad, honestidad, sinceridad o desparpajo son algunas de las características que se le atribuyen a la narrativa de Hipólito G. Navarro, en general, y a sus microrrelatos en particular. En el 2005 reunió sus relatos en un libro al que añadió una nueva cosecha inédita: Los últimos percances (Seix Barral, Barcelona, 2005). Lo evidente es que este autor onubense, inconformista y poco convencional, dota de su personalidad a los microrrelatos. Por esto y por lo fascinante de sus personajes, nos gustaría inmiscuirnos en los entresijos de su poética, su producción y sus ideas sobre el cuento y el microrrelato. Comenzaremos por esta parte:

Aunque eres un autor de reconocido prestigio en el mundo de los microrrelatos, tu obra cuentística es más numerosa. ¿Qué diferencias existen entre un cuento y un microrrelato? ¿Qué es un microrrelato? ¿Qué características tiene que tener?

Las diferencias deben, deberían ser, sólo de tamaño. Un par de páginas, lo que cabe en una hoja de papel, es para mí el límite por arriba. Por abajo, dos o tres renglones, con el peligro que acarrea siempre escribir tan escaso. Todo lo que ocupe menos de dos renglones, o resulta una genialidad total (“El dinosaurio”) o acaba en gamberrada (“Isósceles”), si me permites la osadía del emparejamiento. Genialidad y gamberrada, gamberrada y genialidad, qué bonita redundancia, ¿no?

Desde las últimas décadas del siglo XX proliferan autores, se publican antologías, se convocan premios de microrrelatos... ¿Crees que es un género que está de moda? ¿Consideras que los premios desprecian la literatura?

Se ha puesto de moda, ya lo creo. Ahora es cuando el género se la juega de verdad. El temor mayor es que la sobreabundancia provoque más de un empacho. Me gusta mucho leer antologías de microrrelatos, volúmenes bien nutridos de piezas y de autores muy distintos entre sí. Pero no termina de gustarme del todo leer libros de microrrelatos de un solo autor. Prefiero los libros que alternan piezas cortas, cortísimas y también largas. Me parece que es en libros misceláneos en cuanto a la extensión donde los microrrelatos brillan con más intensidad. “El dinosaurio” de Monterroso, ese microrrelato inaugural (así antes se hubiesen escrito y publicado algunos cientos que ahora releemos y estudiamos como precursores), lo es más todavía, y tan poderoso, me parece, por haberlo incluido su autor precisamente entre dos relatos de extensión normal en su primer libro, *Obras completas y otros cuentos*. Es curioso que nadie repare todavía en esa lección: que esa pieza minúscula la sitúe su autor precisamente entre los dos cuentos más largos del libro, entre “Diógenes también”, de 16 páginas, y “Leopoldo (sus trabajos)”, de 24, el más extenso quizá de toda su producción cuentística. Hay en ese volumen otros microrrelatos, pero “El dinosaurio” aparece emparedado ahí, gigantesco, como un faro, en medio de dos cuentos repletos de palabras, casi infinitos comparados con él, y esa es otra de sus grandezas añadidas.

Algunos autores de microrrelatos como Ana María Shua o Julia Otxoa hablan de que su actitud mental cuando escriben un cuento no es la misma que cuando escriben un microrrelato, ¿tu actitud cambia? Digamos que esta pregunta es casi un dardo hacia tu poética personal del género.

Más que de actitud mental se trata de cambiar la actitud molecular, de la disposición de las moléculas en el cuerpo y en el cerebro. El culo, la bisagra de la espalda, la hernia discal en concreto, agradecen profundamente la escritura de microrrelatos, mucho más que la escritura de cuentos largos y de novelas. Es broma. Sí, quizá se pueda decir de esa manera, como hacen mis amigas Ana María y Julia, que existe un cambio de la actitud mental. A mí me gusta pensar en palabras como educación, respeto, ganas de no cansar demasiado a los lectores... ¿Por qué demonios

nos empeñamos a veces en contar con cien palabras lo que podría contarse con quince o veinte? No sé. Mi actitud al escribir cuentos es siempre la misma: pasármelo bien, divertirme. Y hace ya mucho tiempo que descubrí que mientras más en corto escribo, más me divierto.

El lenguaje de los microrrelatos se caracteriza por su concisión y su ambigüedad pero, en tu caso, también por la convivencia del lenguaje más puramente coloquial con las trazas del lenguaje científico o con la capacidad evocadora del lenguaje poético, ¿hay alguna motivación especial para hacer convivir estos lenguajes tan dispares?

Bueno, esos son mis lenguajes cotidianos, me parece, algunos de ellos, que yo no veo tan dispares, así que lo único que hago, supongo, es fijar en el papel esa oralidad descacharrada mía, para que el lector, más que leerla, la oiga, para convertirlo en un amigo al que contarle mis cuitas.

La experimentación estructural es una de las características que se dan con frecuencia en los microrrelatos. Nos referimos especialmente al uso de la estructura tripartita título-inicio-final. ¿Qué importancia tienen para ti estas tres partes en un microrrelato? Muchos de tus títulos encierran la clave para la interpretación del microrrelato, ¿tiendes a titular antes o después de escribir el cuerpo del texto? ¿Te parece que el final sorpresivo o el que da un giro a las expectativas del autor es una condición indispensable de este género?

He comentado muchas veces por ahí, en plan broma, que a mí en realidad los cuentos no me gustan, que lo que me gusta de verdad son los títulos, pero que me veo en la obligación de escribir cuentos porque mis editores me niegan de momento la posibilidad de publicar libros de títulos solamente. Para colocarles a mis editores chaparrones de títulos sin que se den cuenta escribo cuentos cada vez más pequeños: así caben más en un volumen. Si además a los cuentos les pongo título y subtítulo y a veces algunos cuentos los rompo en veinte pedazos, cada uno con su título (como sucede en “A buen entendedor (dieciocho cuentos muy pequeños redactados ipsófacticamente)”, resulta que puedo colocar al editor veinte títulos en una sola pieza sin que apenas se percate de la trampa. Me gustan tanto los títulos, quiero señalar tanto ese interés por ellos, que en muchísimas ocasiones esos títulos son la clave entera del cuento, y muchas

veces su final. Me encanta escribir cuentos en los que el final es el título. ¿No es bonito eso, terminar un cuento y en lugar de ponerle el punto final ponerle el título final?

“Sin el rescate del humor me habría muerto”, confiesas en la entrevista que te hizo Javier Sáez de Ibarra (en *El pez volador*, Páginas de Espuma, Madrid, 2008). No hay microrrelato en el que no aparezca una frase que despierte una sonrisa ya sea por tu uso del lenguaje o por lo absurdo de la situación como en “Orquídea de duodeno”. ¿Para ti el humor es una manera de canalizar las miserias de cada día? ¿Nuestras heridas respiran gracias al humor?

No sé si para todo el mundo será así. Yo por lo menos necesito reírme de mí mismo a menudo, de mis tragedias personales, de mis angustias. Ese cuentecillo, “Orquídea de duodeno”, lo escribí precisamente una tarde en que la úlcera apretaba fuerte, por encima de cualquier consideración, o sin consideraciones. Cuando terminé de escribirlo, el dolor no había desaparecido del todo, seguramente debí recurrir a un fármaco para soportarlo, pero yo estaba bien contento por otro lado, con mi cuentecillo sonriéndome desde el papel. Es bien bonito eso que dices, y muy verdadero, que las heridas respiran gracias al humor.

También la interferencia que hay entre el mundo real y el mundo fantástico es uno de los rasgos que más éxito tienen entre los microrrelatos. Como firme seguidor de Cortázar, ¿cuál es la clave por la que muchos autores –tú mismo– recurren a la coexistencia de estos mundos paralelos para enriquecer sus microrrelatos?

En mi caso creo que es la naturalidad. La gente que escribe es gente que pasa muchos ratos del día en el otro lado, en el fantástico, o al menos así debería ser. Y luego está la noche, esa barbaridad. Piensa en esto: alguien que ocupa todo el día con su trabajo y sus múltiples faenas, con la atención a su familia, al amor, a sus hijos, cuando llega la hora de descansar y de acostarse opta sin embargo por quedarse encerrado en una habitación en medio de una nube de humo de tabaco con gente que no existe, que le hace morisquetas desde un papel o una pantalla de ordenador. Eso no es muy normal que se diga. Y es absolutamente normal por otro lado. Así que esa interferencia entre los mundos real y fantástico no es una estrategia para enriquecer (ya está aquí el personaje,

Enrique) el texto, sino la naturalidad de poner por escrito las cosas que le pasan a uno a lo largo del día y de la noche, divididos su corazón y su cabeza entre esos dos mundos.

En cuanto a las tácticas intertextuales de las que se sirven los autores en pos de la brevedad del género, ¿crees fundamental este recurso para que los microrrelatos adquieran significado? En tus relatos, es frecuente encontrar referencias literarias (“El dinosaurio”), míticas (“Dibujos de la memoria”), musicales (“Unas postrimerías de la New Age”), artísticas (“Bodegón, naturaleza muerta”) o, en el aspecto formal, tomas prestado moldes más científicos (“Qué carajos excusas”) que sorprenden al lector. ¿A qué crees que se debe este juego cultural?

No lo sé. En mi pueblecito de la sierra onubense, durante la adolescencia, en los años grises que me tocaron en suerte, a los muchachos nos interesaban todas las disciplinas artísticas: la literatura, la música, la pintura, la arquitectura, el cine, el cómic, todo nos fascinaba, la filosofía, las ciencias... En todas ellas estaba el color que le faltaba a aquel mundo ramplón nuestro, y cada uno de nosotros fue tirando por donde pudo, unos cargados de bártulos para pintar, otros con pelos largos y guitarras y amplificadores, otros con rudimentarias cámaras de Súper 8 para filmar los primeros cortos... Yo acabé escribiendo cuentos por descarte, por eliminación de otras posibilidades para las que era, y soy, bastante torpe. Era un engorro tocar un instrumento con la mano quemada, siendo manco, eran un engorro también el óleo y la trementina, el grabado con toda la parafernalia de gubias y pesados tórculos y las tintas tan pringosas, me salía carísima la afición por la fotografía, hasta fue un engorro concluir una bonita carrera de biología atravesada de asignaturas que me interesaban muy poco. Así pues, después de haberme encerrado durante años con una guitarra en el baño y haber dado unos pésimos conciertos con nuestro grupito, “Käptus”, después de haber desperdiciado otros tantos años con las ceras y el óleo y los pinceles en casa, y algunos cursos en una escuela de arte aprendiendo las técnicas del grabado, opté por lo más sencillo: coger una libretilla y un lápiz y escribir cuentos debajo de un árbol en mitad del campo. Pero la querencia por todo lo demás sigue ahí detrás todo el rato; por eso aparecerá en los cuentos de continuo, supongo. No puede ser algo premeditado. El autor no puede decir, ea, ahora voy a escribir yo un cuento que tenga relación con los mitos mesopotámicos, o con la música dodecafónica, para que se vea lo listo que soy...

La cosa sale con naturalidad o no sale, sin pensarlo. Ya se encargarán los fantasmas personales, las pasiones más profundas, de darle forma y verdad al cuento, todo eso aparece con absoluta sencillez, como si alguien se lo dictara al tío.

Más allá de las referencias intertextuales a la música, es evidente que en tus microrrelatos imprimes el swing que tienen las improvisaciones de los grandes del Be Bop. Tal vez por la influencia del jazz, has dicho que escribes tus cuentos improvisando. ¿Llegaste al jazz, como al cuento, de la mano de Cortázar?

No, llegué de la mano y las improvisaciones de mi abuelo, y de los primeros programas de Juan Claudio Cifuentes en Radio Nacional, en especial de aquella hora prodigiosa entre las doce y la una de la madrugada a finales de los 70 que se llamó “Jazz Internacional”. Mi abuelo Rafael, además de herrero, fue clarinetista, y tocó en varias bandas en su juventud, en España y en América. En sus años de emigrante en los Estados Unidos, entre 1916 y 1921, escuchó cosas alucinantes, vertiginosas, que primero lo dejaron estupefacto, pero que enseguida lo engancharon y lo trastornaron por completo. Allí alternó el clarinete con el saxo en un par de bandas, se peleó una noche y después la otra con la diferente disposición de las teclas de los dos instrumentos, y se aficionó, en esa esquizofrenia de apretar y separar los dedos, equivocándose a saltos, a la alegría musical de la improvisación, asunto que le generó más de un disgusto de regreso en España, con el director de su nueva banda, un músico ciego bastante serio y quisquilloso, que no dejaba a nadie salirse de los márgenes de las partituras y que terminó por aburrir a más de uno. Todavía se me forma un nudo en la garganta cuando recuerdo a mi abuelo ya de muy mayor, con más de noventa años, escuchando los dos juntos en las noches de invierno el programa de Cifu en RNE. Mi abuelo lo pasaba mal escuchando a algunos de aquellos músicos de la casa ECM, aquellos suecos y noruegos fríos como un témpano... Escuchaba a Jan Garbarek y decía, gimoteando, “eso ya lo quería tocar yo en 1925, maldita sea”. Ponía las manos como si sujetara su viejo saxofón abollado, agitaba los dedos en una torpeza de doses, soles y fas sostenidos, y lloraba, lloraba como un bendito. Pobrecillo, mi abuelo Rafael, el artista más incomprendido de la familia... Y claro, por supuesto, también Cortázar. Que Cortázar hubiese escrito aquel cuento prodigioso sobre Charlie Parker, “El perseguidor”, ¿no iba a resultarme fascinante cuando lo leí por primera vez de un tirón emocionado? ¡Pero si había escrito sin saberlo el cuento de mi querido abuelo! Que a Cortázar le gustara

también el jazz fue un argumento más para enamorarse de él, perdidamente además. Y escribir de esa manera, a la manera del jazz, improvisando, buscando con las palabras la música y la historia del cuento que aún no sabemos bien qué es, ¿no es maravilloso?, ¿no es magnífico sentirse el primer lector de eso que está naciendo de la mano de uno, de forma absolutamente inconsciente? También son hermosos los estadios posteriores, los de la corrección de esa aventura, la puesta de limpio de todas esas notas en la partitura del papel, pero ese momento primero, el del nacimiento de la criatura, es el mejor, inigualable, orgásmico total.

La lectura como huida de la realidad fue tu antídoto en un periodo de tu vida. Ahora, desde el punto de vista del autor, ¿qué esperas de tus lectores? ¿Tienen alguna particularidad los lectores de microrrelatos?

Fue el gran antídoto, y lo sigue siendo. La lectura me salva siempre. No sé qué espero de mis lectores. Que se rían y que piensen a la vez, es lo que más me gustaría. No sé si tienen alguna particularidad especial los lectores de microrrelatos, además de ser lectores inteligentes y avisados, más cómplices que otros.

Ya sabes que la *fauna* de tus microrrelatos despiertan la empatía y la reflexión del lector sobre la naturaleza humana. Con fauna nos referimos al “conjunto o tipo de gente caracterizada por un comportamiento común que frecuente el mismo ambiente” (es una de las acepciones de la RAE). Digamos que el ambiente son tus microrrelatos y que tus personajes son la fauna que atrajo mi atención a tu narrativa breve. Creo que tus criaturas tienen mucho que ver con las de Javier Tomeo o Max Aub pero no sé si me equivoco o hay referencia a otros autores que se me escapan...

A Max Aub lo he leído tarde, hace pocos años, cuando ya tenía casi todos mis cuentos escritos y publicados. A Tomeo lo leí por primera vez en el 92, y lo siento como el principal trampolín para mi escritura en formato pequeño, el catalizador que me puso definitivamente en marcha una pasión que ya me hacía cosquillas como lector desde mucho antes, desde el deslumbramiento que supuso el Cortázar de las *Historias de cronopios y de famas* y de los relatos brevísimos de Monterroso y de Arreola. Aunque hay más influencias, sin duda: antes me habían impresionado mucho las pequeñas piezas, los textos mínimos (no me gusta llamarlos cuentos) de Kafka y de Beckett. De

Tomeo me gustó la idea de lo pequeño, y de cierto absurdo sumado a la brevedad. Cuentecillos kafkianos mañicos, o mañicos kafkianos, mejor: una graciosa combinación. Un librito suyo, *Problemas oculares*, me gustó mucho. Lo leí en el año 92, recién nacido mi hijo. Me lo mandó una amiga para que viera cómo escribía el tío. Yo le había mandado a ella mis *Manías y melomanías mismamente*, y ella a vuelta de correo me mandó aquellos cuentecitos de Tomeo, asegurándome que había algo en ellos que los míos le recordaban. Algo debió influirme después, desde luego. Más tarde he leído novelas suyas, pero no he vuelto a leer más cuentos, salvo en algunas antologías. También tuvo su importancia la carambola de haberlo leído en un momento en el que tenía bien limitado el tiempo para todo, con una criatura recién nacida, que lloraba de sol a sol. A mí siempre me había gustado escribir los cuentos de una sentada, así fuese una sentada de dos días seguidos. Cuando nació nuestro hijo, eso de escribirlos de un tirón hubiera pasado a la historia de no haber caído en la cuenta de que podía seguir haciéndolo si los acortaba. Ahí empezó todo de manera consciente. Tengo escrito en la primera página de un cuaderno algo así como “Poli, el chico, se niega a dormir esta noche, son las cuatro de la madrugada. Propósito en firme de escribir en formato minúsculo en estas hojas”, y ahí están escritos los dos primeros microrrelatos de esa etapa, “Ignorancias de los vecinos” y “Qué carajos excusas”, cometidos aquella misma noche, chorreante de sueño, mientras mi compañera intentaba dormir al niño sin éxito. Ah, pero me parece que no he respondido del todo a tu pregunta; bueno, si luego repaso todo esto quizá lo arregle. Lo de Tomeo, sí, esa influencia, o quizá no influencia pero sí decisión de escribir en muy corto gracias a aquel librito. Está contado ese homenaje al zaragozano, incluida una descripción de la portada de su libro, en un cuento incluido en *Relatos mínimos* y luego en *Los últimos percances*, titulado “Chirimoya provisional, quiero suponer” (en el apartado 6, para que lo encuentres rápido). Verás que ahí Tomeo aparece como T, en un guiño que remite también a K, el checo genial.

Muchos de tus personajes, ya sea como protagonistas o como guarnición, son animales. ¿Tiene algo que ver con tus coqueteos universitarios con la biología? Aunque lo dejaste, ¿has seguido interesado por el mundo animal y por eso tienen su presencia asegurada en tus microrrelatos?

La verdad es que no me había percatado de esa abundancia hasta que tú me lo has señalado. Ya me habían dicho otras veces lo de los bichos, creo, pero no se me

ocurre una explicación para semejante fenómeno, ni sé la razón de que tengan esa omnipresencia tan rabiosa. Sí recuerdo haber leído un comentario que Bioy Casares hizo en uno de sus talleres de escritura que me llamó poderosamente la atención. Dice Bioy que si en un momento determinado en la página de un cuento aparece un animal, no tardará mucho tiempo (muchas líneas o párrafos) en que aparezca otro más adelante; esto es, que resulta muy difícil escribir de un animal solamente, que si se usa uno, como protagonista o como guarnición (o como simple metáfora, “era una noche negra como boca de lobo” por ejemplo), el autor está condenado a que le salga otro bicho más adelante, lo quiera o no, de manera inevitable. Y lo curioso es que esto es algo que se cumple siempre, a rajatabla, que no se puede escapar del maleficio. Desde que leí el comentario de Bioy no puedo dejar de leer con la fórmula asomada detrás de la oreja. Leo un animal en una página de cualquier autor y espero a ver cuántas líneas tarda en salirle el siguiente. No falla, un bicho llama a otro o a muchos más, es increíble. Pues bueno, cuando comprobé que esto era así, y que a mí me había sucedido todas las veces, en todos mis cuentos, me propuse desde entonces escribir relatos de animales que rompieran con la fórmula, que pudiesen ser considerados la excepción a la norma (considerados por mí solamente; no creo que más autores o lectores se entretengan en tonterías como esta durante tanto tiempo). Es una tontería, lo sé, pero a veces uno busca las excepciones, la singularidad, a toda costa, incluidas las tonterías. Con esa obsesión he escrito montones de cuentos, poniendo un animal a las primeras de cambio, y completándolo luego procurando que no salga ni uno más en lo que quede de historia. Permanecí tan distraído durante años con ese juego que no me percaté hasta mucho después de que la maldición de Bioy se cumple mucho más allá de las páginas de un cuento, y que se extiende a la producción toda de cualquier plumífero. Después de publicar *Los tigres albinos*, meses después apareció una novela que titulé, bastante inconscientemente, como *Las medusas de Niza*, así que ahí lo ves, no se puede escapar de la norma, después de un bicho, sin quererlo ni beberlo, siempre saldrá otro: después de los tigres, ahí van las medusas...

La flora, sin embargo, tiene una presencia más ornamental así como el protagonismo de las mujeres. Nos llama la atención que en tus microrrelatos no haya mujeres protagonistas. ¿Por qué?

Vaya, esto tendré que estudiarlo con más calma. Me aterra escarbar por ese lado. Es la segunda vez que alguien me señala algo así. Un crítico de un periódico de Santander, al escribir sobre *El aburrimiento, Lester*, tituló su reseña “Un hombre contra las mujeres”, o algo parecido (tendría que buscarlo en la pedantoteca) y analizaba casi uno por uno los argumentos de aquellos cuentos para demostrar su tesis. Yo no había pretendido hacer nada de lo que el crítico señalaba, al menos de manera consciente. Me dan miedo estos psicoanálisis fuera de consulta, gratuitos (gratuitos en los dos sentidos de la palabra, obviamente). No, la flora que aparece tan a menudo en mis cuentos es un homenaje a Juana, mi compañera, que es una especialista en botánica. Antes de conocernos en la facultad, y de estudiar juntos durante varios años la flora ornamental de Sevilla, y la flora de la sierra onubense, las plantas de mis cuentos no tenían apenas nombre, eran meros árboles y yerbas. Y que no haya mujeres protagonistas en mis microrrelatos, no sé, será que les doy mucho más espacio en mis cuentos de extensión normal, donde ahora mismo recuerdo a muchas, muchísimas mujeres protagonistas, de las que muchas acabé bastante enamorado, además. Es curioso, ahora que caigo, y esto será una digresión más: en medio de esa etapa de la escritura de microrrelatos de la que te hablaba antes, se cruzó un proyecto de publicación que vino a añadir más piezas a mis carpetas de entonces, casi sin darme cuenta. Se trató de la composición de dos preciosos volúmenes sobre los árboles de la ciudad (dos volúmenes colectivos, *Imago arborum. Árboles y arbustos de Sevilla a través de la imagen*. Editora del Veinte-Fundación Luis Cernuda). Cada ficha iba acompañada de unos hermosos dibujos, para poderla determinar, y de un texto literario encargado a un autor para la ocasión. Los responsables de la parte literaria no encontramos al final autores suficientes para tanta especie y algunos repetimos, con pseudónimo. Mis cuentos ahí, puedes imaginarlos, son los microrrelatos “Árbol del fuego” y “Almez” (éste último, como lo firmé con mi pseudónimo de las fotos y las pinturas, Poli Arnavro, no lo he incluido nunca en libro propio, pero Clara Obligado, que sabía de la historia porque se la conté como te la estoy contando a ti ahora, la muy cuca lo incluyó en su primera antología de los *Por favor, sea breve*, y de ahí ha pasado luego a unas cuantas antologías más, así que al final tendré que darle el apellido al pobre).

En cuanto a los bípedos, como te refieres en varias ocasiones al género humano, por lo general son personajes apasionados y empeñados en conseguir

sus proposiciones descabelladas como el suicida de “Plano abatido”, el extravagante destino de “Ignorancias de los vecinos”, el inmune taxidermista de “La ubicua vigilancia de los búhos” o el hambriento conformista de “Jamón en escabeche”. ¿Existe alguna razón por la que se da esta frecuencia de personajes con ideas suicidas?

También me da miedo esto que señalas, me da pánico en verdad. Y tampoco me había percatado de semejante abundancia, la pucha. Conservo un recuerdo de niño que todavía me impresiona bastante cada vez que lo evoco: un habitual del bar de mi padre, un hombre solitario, callado, llevaba varios días sin aparecer por allí, y como nadie sabía darle noticia de él, mi padre fue a buscarlo a su casa, por si le había ocurrido algo. Lo encontró ahorcado en el zaguán, detrás mismo de la puerta. Fue una impresión tremenda, que mi padre tardó en superar, y que a mí se me quedó muy grabada. En los pueblos de la sierra donde viví los días de mi infancia y adolescencia era muy común esa salida a los problemas. Todavía lo sigue siendo. Cada verano sigue habiendo varios suicidios, la mayoría por ahorcamiento. Hay estudios que señalan esa zona alta de Huelva, junto con parte del Alentejo portugués y del sur de Extremadura con el más alto índice de suicidios de Europa, por encima de Suecia y esos países donde apenas hay horas de sol en el invierno. Algunos amigos he perdido así, de manera bien triste. Mi padre también, con el maldito alcoholismo, se suicidó lentamente... Será mejor dejar esto. Da miedo pensar en ello.

Una de las cosas que me llama la atención es que, a pesar de que has declarado en alguna ocasión que la envidia es la pasión que más aborreces, algunos de tus personajes encarnan a la perfección este pecado capital como el segundo violín de “En beneficio de la música” o el niño del final de la clase de “Árbol del fuego”. ¿Por qué esta intolerancia al otro termina muchas veces en asesinato?

Estos dos cuentos no los he escrito del todo bien, me temo, están demasiado llenos de elipsis, de claves escondidas. Por lo menos nunca se han interpretado como yo hubiese querido. Sus peripecias no tratan de la envidia, sino de la justicia, de una justicia artística, divina, que debería existir. Como esa justicia no existe, o tarda mucho en llegar, algunos personajes se adelantan y la llevan ellos mismos a cabo, pero nunca lo hacen por envidia, sino por arreglar algún error de la naturaleza, de la naturaleza de los

bípedos mayormente, de la naturaleza de las cosas del arte y los cariños. En el cuento “En beneficio de la música” precisamente (y ya hemos hablado de la importancia de los títulos, de que muchas veces son la clave entera del relato, su explicación o justificación), en ese cuento el asesinato se produce no para beneficiar al segundo violín, sino para beneficiar a la música, a la música con mayúsculas. El segundo violín no envidia al primer violín (y además, los segundos y primeros violines no tienen que envidiarse nada entre ellos, son distintos sus cometidos en la orquesta, igual de válidos e importantes los dos), al segundo violín lo que le preocupa en el fondo es saber lo que sabe, que el primer violín es un farsante, un artista que esconde su falta de talento tras esa parafernalia circense, para nada musical, de la sangre derramada de sus dedos cortados por las cuerdas. Ese espectáculo más propio de la tauromaquia (de “virtuosismo púrpura de tauromaquia” se etiqueta en el cuento) distrae la atención del público, y menoscaba los otros talentos verdaderos de la orquesta, como el del segundo violín, que hace su trabajo a la perfección, sin necesitar de ese exhibicionismo histriónico y sangriento (y por eso es verdad que la argumentación de la sangre del otro viene dando sombra a su talento, pero no se trata de envidia aquí). Y el cuento del niño en la clase y el parque es lo mismo. A diferencia del segundo violín, este personaje no se adelanta a esa justicia artística, divina, que tanto tarda en llegar, simplemente espera, espera sabiendo que algún día tendrá que venir sin remedio (o eso cree él, ingenuamente): algún día el niño de los sobresalientes se caerá del árbol y se matará o dejará de ir por la clase por unos meses o unas semanas, y así tal vez el maestro podrá reparar en sus logros, logros menos espectaculares, logros que consigue cada día allí, al fondo, en el último pupitre bajo el mapa, sin aspavientos, pero siendo también él un niño interesante, un niño a tener en cuenta, que no necesita de premios, ni de subir al árbol más alto para llamar la atención. En fin, no sé, a lo mejor tendría que haberlo contado con más palabras, pero entonces no serían microrrelatos, buscadores de lectores cómplices perdidos. O igual estoy por completo equivocado. Pero hay más cuentos, no solo micros, que se han entendido como historias sobre la envidia cuando yo las quiero suponer como historias sobre ese tipo de justicia.

Más amables son tus microrrelatos en los que se puede entrever la carga autobiográfica como el padre con sensación de fracaso de “Qué carajo excusas” o

las vacaciones familiares de “La mar se yesa”. ¿Cuánto hay de Hipólito G. Navarro en sus cuentos?

Demasiado, hay demasiado. El autor de esos cuentos es un exhibicionista perdido, ya lo estoy viendo, no tiene mucho pudor que se diga, sobre todo si en las entrevistas que va respondiendo, en los cuestionarios que va dejando desparramados por el mundo, aclara finalmente la inspiración de muchos argumentos que parecían eso, solo inspiración. “Qué carajos excusas” tiene que ver con la educación que le iba dando a mi muchacho durante sus primeros meses de vida, monocorde, bastante atropellada de juguetes con ruedas (podría haber sido peor, con pistolas, con juguetes bélicos), y tiene que ver con el temor a una separación en ese tiempo complicado de verdad; “La mar se yesa” es una broma, uno de esos chistes de “Se abre el telón...”, para jugar con las palabras y las significaciones, pero cuenta a la vez aquel verano tremendo de nuestro chico, un verano con el brazo escayolado, con el baño prohibido hasta el último día de vacación. No digamos nada de cuánto hay en los cuentos de deseos escondidos, de la autobiografía que a uno le hubiese gustado tener. Eso es lo que nos salva, ¿no?, que se confunda lo que ha sido con lo que hubiese estado bonito que hubiera sido, que se confunda lo que fue con lo que nunca quisimos que fuera, que esté camuflado lo que ha sido con lo que será y lo que está siendo ahora mismo, mientras tecleo estas letras. De eso trata la novelilla entera de las medusas, mi querida amiga, del arte difícil de teñir la ficción de biografía, del arte gracioso de regalar la biografía camuflada de ficción. Esa querencia está en todos mis cuentos, me temo, así que era bastante lógico que contaminara también a muchos microrrelatos, a casi todos ellos.

Por último, quería preguntarte cuál es, de tu producción, tu libro, tu cuento y tu microrrelato favorito y si estás escribiendo en la actualidad y nos vas a sorprender pronto con un nuevo volumen de relatos en los que deambulan estos *rara avis* por los que merece la pena escribir y, por supuesto, seguir leyéndote.

Mi libro favorito es *El aburrimiento, Lester*; mi cuento, “El pez volador”; mi microrrelato, quizá “La inspiración”, o “Meditación del vampiro”. Ahora no escribo gran cosa, pero sigo reescribiendo textos, micros, costillitas de otros libros, de manera muy lenta. No sé cuándo podré tener algo medianamente concluido, que no me avergüence del todo. 2013 quizá sea un bonito año para publicar algo, si no se cumplen

las previsiones de los Mayas y desaparecemos todos antes de la última campanada de este 2012 de todos los demonios.

A pesar de esta última insistencia de devoradora de tus microrrelatos, se agradece que no escribas “porque has escrito antes” como dijiste en la entrevista de *El síndrome de Chejov* (<http://elsindromechejov.blogspot.com.es/2007/10/hiplito-navarro-esto-de-ser-escritor.html>) y que no escribas cuentos que no tengan nada debajo porque eso te hace un escritor absolutamente libre y, esa libertad, es, para mí, la clave de tu éxito.

Gracias, amiga. Es que me da mucho miedo seguir escribiendo sólo por esa razón, que es por la que me parece que escriben demasiados autores, a la vista de los resultados. Me gustan mucho Rulfo y Carpentier, me fascinan. Miro aquí detrás en mis estanterías, en la parte de los cuentos completos de los autores que más admiro, y ahí sí que siento envidia de su grandiosa delgadez. Los cuentos completos de estos autores ocupan un espacio minúsculo en los estantes, pero uno gigantesco dentro de la cabeza y del corazón.

Muchas gracias por todo.

Gracias a ti, por tus regalos.